

bien ha quedado bien puesto, pues, aunque bien considerado, en un país como este, semi-salvaje, las leyes del duelo no pueden tener su aplicación y yo no estaba obligado á batirme con un hombre que, seguramente, traía escondido algún puñal envenenado. ¡qué horror!.. yo le he dado cita en París, calle de Vivienne, núm. 27, en el entresuelo. Allí lo espero.



ACTO CUARTO.

Decoración del primer acto.

ESCENA I.

LOLA, SOLA *sentada cerca de la mesa con varias cartas en la mano.*

¡Qué objeto se habrá propuesto el que cometió la felonía de llevarse mis cartas y mi retrato? Es una felonía inútil, pues fuera del valor que ellas pueden tener para Pepe y para mí ¿á quién mas pueden interesar? [*Páusa.*] ¡Si fuera para valerse de ellas, como de una arma, contra ambos! ¡Qué cálculo tan errado! Todo Veracruz sabe nuestros amores: ellos datan, se puede decir, de nuestra infancia, y yo lejos de ocultarlos me glorío de la pasión de Pepe, y tengo orgullo en corresponderle. [*Páusa.*] Mas se me olvidaban estas cartas, que me ha entregado un criado hace poco: leámoslas [*Lee la primera.*] ¡Vaya una cosa graciosa!—El inglés también... Veámos

que contiene esta otra.—[*La lee.*] Esta no me sorprende tanto.—No andaba tan desacertado el tío D. Facundo.—Y esta ¿qué traerá? [*La lee.*] ¡Es demasiada insolencia! ¡Atreverse aún á dirigirse á mí! ¡Anunciarme que vendrá á mi casa! Este hombre no conoce ni el honor, ni la vergüenza.

ESCENA II.

LOLA, D. ANTONIO.

Antonio.—¿Cómo estás sobrina? [*Al ver las cartas que Lola ha dejado sobre la mesa.*] ¡Qué correspondencia tan abultada! ¿Ya te has hecho cargo de los negocios de la testamentaria?

Lola.—No, tío: parece que ha pasado ya el concurso de acreedores y tenemos ahora concurso de novios.

Antonio.—¿De novios? prefiero los acreedores. ¿Y quiénes son los aspirantes?

Lola.—Mis mismísimos acreedores.—Mas vea U., impóngase U. (*Le da las cartas.*)

Antonio.—[*Después de leer una.*] Lacónica y caballerosa. Este es un hombre de honor; escribe como habla. (*Lee otra.*) Este también es un caballero; como él suele decir: pan, pan, vino, vino. No te puedes quejar, sobrina. Estas cartas te honran; siempre es honroso ganar el cariño de hombres como estos.

Lola.—Se los agradezco, muy de veras, sobre todo al comparar su respetuosa conducta con la del Blaguefort.

Antonio.—¡Cómo! ¿Se atreve, después de lo ocurrido, á escribirte ese charlatan? ¡qué desvergüenza! Veámos [*La lee.*] Como suya ¡qué fatuidad! ¡qué jactancia! [*Sigue leyendo.*] ¡Impu-

dentel! ¡Achacar á su pasión infamia tan rastrera! [*Botando la carta sobre la mesa sin concluir.*] Eso no se puede tolerar. ¿Y piensas sobrina recibir á este hombre?

Lola.—No creo que se atreva á pisar mi casa.

Antonio.—Pues te equivocas, á todo se atreve el Blaguefort.—Mas no hablemos ya de ese canalh, que se me revuelve la bilis. ¿Será me permitido, sobrina, penetrar los secretos de tu corazón? ¿Cuál de los dos primeros es el afortunado?

Lola.—No se burle U. tío, demasiado sabe U. quien es ese afortunado.

Antonio.—No, señorita; U. es tan reservada, tan poco franca..... Mas ya que quieres guardar ese misterio, pasaremos al objeto de mi visita. (*Le acerca una silla á Lola y se sientan.*) Tengo, en esta vez, buenas noticias que darte. Hace poco hemos tenido el gusto de arreglar Nicolás y yo, con los señores Printseller y Castilla, la manera definitiva de pagar sus créditos y se han firmado ya todos los documentos. Es un placer tratar con caballeros como estos.

Lola.—¡Cuánto lo celebro, y cuánto tengo que agradecer á U!

Antonio.—Nada, Lola; tú has hecho más que yo. Cuando el que debe se porta como estás dispuesta á hacerlo, no se puede ser muy exigente; y además: eres hechicera y los has hechizado. Nos queda el francés que, después de haberme dado su palabra de Napoleón Blaguefort, se ha arrepentido y la ha roto como quien es. Pero, poco importa; ya veremos como nos entendemos con él; que lo mejor sería á palos.

Lola.—De buen humor está U. hoy, tío. ¿Qué otra noticia me traía U?

Antonio —Lezama está mucho mejor; los médicos lo han declarado fuera de riesgo. Sabes que generalmente me quieren bien en la ciudad y está ya arreglado, merced á algunos pasos, ese malhadado negocio. No tendrá que dejar á Veracruz tu primito.

Lola. —¡Ah! ¡qué bueno, qué excelente tío es U.! ¿Y cómo no comenzó U. por darme esta noticia, que para mi es la mas importante? Cuánto, cuánto quiero á U.! ¿Con qué no se va Pepe?

Antonio. —No señorita, no se va, se queda: al menos así me lo ha dicho el mismo interesado.

Lola. —¿Pepe? ¿lo ha visto U., tío? ¡oh! ¡qué gusto! Entonces está U. ya reconciliado con él.

Antonio. —¡Cómo corre, cómo vuela tu imaginacion! No tan aprisa, sobrina, modérate, modérate.—Lo he visto; estuvo esta mañana en casa; me refirió la accion infame de ese hombre y la visita que le hizo á ese charlatan. Estuvo bastante formal, bastante juicioso pero siempre orgullosito, siempre altanerilo. Despues me habló de cierta niña, por quien parece interesarse sobremanera; me dijo que era necesario que esta tuviera un protector, con mas derechos que los que él tiene, para poderla defender, dar su vida por ella. Estuvo tierno, elocuente, entusiasta. Y como yo tambien quiero, acaso demasiado, á la tal niña, algo calmó mi enojo. Pero de ahí, Lola, á que le perdone, algo falta.—Sin embargo, te diré, para que no te aflijas, que se pueden dar como entabladas las negociaciones para la paz.

Lola. —Tío, tío, déjeme U. abrazarlo. (*Lo abraza con efusion*)

Antonio. —Cuidado, cuidado, no vayan á entrar tus adoradores (*La abraza él de nuevo*). Despues de todo estoy contento. Hace tanto tiem-

po que vivia tan triste en mi casa, tan solo.... Este abrazo me ha hecho mucho provecho.

Lola. —Y confíeselo U. tío, la visita de Pepe tambien le ha sido á U. agradable, lo ha puesto de buen humor.

Antonio. —¡Dale con Pepe! Mira que voy á creer que todas las zalamerías que me haces son por ese bribon.

Lola. —(*En tono de reconvencion*). No, tío: no sea U. injusto. Bien sabe U. cuanto lo quiero.

Antonio. —Vaya, vaya, quiero creerlo. Pero me voy, tengo que hablar con Nicolas, para acabar de arreglar tus negocios. Yo bien me estuviera charlando contigo largas horas, pero será dentro de algunos dias.... Hasta luego, Lola.

Lola. —Hasta luego, querido tío. [*Lo acompaña hasta el gabinete de Nicolas y vuelve hácia el frente.*]

ESCENA III.

LOLA, SOLA, despues DONACIANO.

Lola. —¡Magnífico dia! Pepe ya no se va. Reconciliado casi con mi tío. Esas malditas reclamaciones arregladas. Lo celebro sobremanera por mi buen Nicolas, á quien ni he visto en estos dias. ¡Tan ocupado así ha estado el pobre con los señores acreedores!—Y se me olvidaba: ¡tres propuestas de matrimonio en una hora! á fé que no me puedo quejar! Si no fuera por ese malvado frances hoy seria uno de los dias mas felices de mi vida.

Donaciano. —Señorita, á los piés de U.

Lola. —¿Cómo está U. Sr. D. Donaciano

¿que se habia U. hecho.? Hace dos días cabales que no tenia el gusto de ver á U. por esta casa.

Donaciano.—Con harto sentimiento mio, señorita. El arreglo final de los negocios de que U. tiene conocimiento, me habia privado del placer de visitar á U., pero felizmente todo ha concluido ya.

Lola.—Felizmente para todos, caballero. Mi tío D. Antonio me decia hace poco con cuánta caballerosidad se habia U. portado.

Donaciano.—El es todo un caballero, Lola, y entre caballeros en pocas palabras se arreglan los negocios mas complicados. Lo único que siento es que desde un principio no nos hubiéramos visto; algunos disgustos nos hubiéramos evitado. (*Con cierto encogimiento.*) ¿Ha recibido U. una carta mia, señorita?

Lola.—Si, señor, la he recibido. Agradezco á U. en el alma la opinion que U. se ha formado de mí, la oferta que U. me hace me honra en extremo, pero.....

Donaciano.—Bien, conozco, Lola, que tengo muchos peros. Soy hombre ya maduro, sin ninguna de esas cualidades brillantes que agradan á las jóvenes, sin elegancia, sin gracia....

Lola.—¡Oh! Sr. D. Donaciano. U. es un hombre honrado, simpático, generoso, de gran fortuna y de buena educacion. Desde que lo ví á U. por primera vez conocí que seriamos buenos amigos. Cualquiera mujer seria feliz al lado de U., pero antes de conocer á U. mi corazon no era ya mio.

Donaciano.—Muy afortunado será Lola, el que ha sabido merecer su cariño, pero siendo así, mi sentimiento será menor. ¡Jamás creí llevar de México el recuerdo que llevo!

Lola.—Pensaré siempre con placer, caballero, en los agradables ratos que he pasado al lado de U. No dudo que disfrutaremos aun por algun tiempo de su compañía.

Donaciano.—Nó, señorita, no. Un momento pude olvidar el torbellino de los negocios para escuchar la voz de mi corazon y conozco que he hecho mal. No debo permanecer por mas tiempo en una ciudad, dónde nada me detiene ya... vuelvome á España.

Lola.—¿Tan pronto?

Donaciano.—Si, lo mas pronto posible. Dentro de breves dias sale un buque para la Habana y en él me embarco. El recuerdo de U, creame Lola, será acaso el único sueño de felicidad que haya tenido en medio de una vida toda de negocios. Dios no ha querido que este sueño se realice; vuelvo á mi antigua vida.

Lola.—¡Oh! Sr. D. Donaciano, en España pronto olvidará U. lo que en México ha visto.

Donaciano.—En efecto, olvidaré ó haré por olvidar. Los negocios absorverán de nuevo todo mi tiempo, y mas tarde, cuando llegue el último tercio de mi vida, algun enlace de esos que se acostumbran hoy en Europa... Pero, perdóname U, Lola, estoy hablando como si hablara conmigo mismo.... ¿qué puede interesar á U?...

Lola.—Mucho me interesa, caballero, el porvenir de U., y los votos que siempre haré por su felicidad, serán bien sinceros.

Donaciano.—Creo á U., sí, la creo. Llevo al menos la seguridad de haber sabido merecer su amistad.

Lola.—Muy verdadera.

Donaciano.—Aquí, en Cádiz, dónde me en cuentre, tendrá U. en mí un buen amigo. Acaso antes de de jar á Veracruz, venga á pedir á U.

órdenes; pero de todas maneras, Lola, crea U. que en lo sucesivo, nada de lo que pueda interesar á U. me será indiferente. Permitame U., al despedirme, estrechar su mano entre las mias.

Lola.—Con mucho gusto. Un abrazo D. Donaciano. Algun dia nos volverémos á ver acaso, y será para mí un placer muy grande.

Donaciano.—¡Adios, Lola! ¡Adios! (*Váse.*)

ESCENA IV.

LOLA SOLA, DESPUES DON ANTONIO.

Lola.—Lo veo ir con tristeza. Es un hombre de corazon, su afecto es sincero y desinteresado y creo en la verdad de la amistad que me ofrecé. Merece encontrar una muger que lo haga feliz; el sabrá hacerla dichosa.

Antonio.—(*Saliendo del gabinete de Nicolas*) Hemos concluido, sobrina, y me voy. ¿Qué te has estado haciendo? ¿Leyendo tus cartas? tanto te divierten?

Lola.—Nó, ha estado aquí D. Donaciano; se acaba de despedir de mí.—Dentro de pocos dias, se embarca para España.

Antonio.—¡Cómo! ¿tan pronto? Supongo que no lo habrás recibido mal, que no te habrás reído, como de todo te ries. Es buen sugeto y siento que se vaya tan pronto.

Lola.—Nó, no me he reído; mas diré á U., lo he visto ir con sentimiento.

ESCENA V.

LOS MISMOS, MR. PRINTSELLER,

Printseller.—Señorita, á los piés de U.—Sr. D. Antonio. (*Se inclina y le dá la mano.*)

Lola.—Celebro ver á U., caballero. Sírvase U. tomar asiento.

Antonio.—(Deseará quedarse solo) Sobrina, me voy. Mr. Printseller.....(*Le tiende la mano.*)

Printseller.—Ruego á U. se detenga un momento, D. Antonio. Deseo oiga U. lo que tengo que decir á su sobrina.

Antonio.—(¡Vaya un novio singular!) Me detengo, D. Guillermo.

Printseller.—Señorita, no entiendo de amores, ni jamas he hablado de amor; pero sé lo que es amar y amo.—U. es una jóven adorable, de gran juicio, de gran talento. U. hará la felicidad del hombre que merezca su estimacion.

Lola.—Me hace V. demasiado favor.

Printseller.—Solo digo la mitad de lo que siento. Yo tengo cuarenta años, una gran fortuna, buena reputacion, buena posicion social;—¿quiere U. señorita, hacer la felicidad de un hombre honrado, que habla poco pero siente mucho?

Lola.—U. me honra mas de lo que merezco. ¿Pero cree U. que seria digna de la buena opinion que ha formado de mí, si desde luego no le dijese la verdad? Tambien yo sé amar y amo desde hace mucho tiempo.

Printseller.—Yo estaba casi seguro de que tal seria la contestacion de U.; pero señorita, yo creo, y en esto seré acaso original, que la mayor prue-

ba de cariño, de respeto, de estimacion— que un hombre puede dar á una mujer, es ofrecerle su corazon y su nombre.—Yo no he querido volver á Inglaterra, sin dar á U. esta prueba. U. no acepta, he concluido y me voy. [*Levantándose*].

Lola.—Mr. Printseller, sé apreciar en todo lo que vale la noble delicadeza del paso que U. acaba de dar. Mi corazon guardará, como un grato recuerdo, las palabras que U. me ha dirigido, y ha crecido mi propia estimacion al escuchar á U. Imitando el laconismo de U. le diré: (*Tendiéndole la mano*) ¿quiere U. ser mi amigo, D. Guillermo?—

Printseller.—[*Tomándole la mano*] Sí, señorita, seré su amigo. ¿Tiene U. algunas órdenes que darne para Liverpool? Esta tarde sale una goleta para Nueva—Orleans y aprovecharé la oportunidad.

Lola.—Solo tengo que desear á U. felicidad cumplida.

Printseller.—[*Vuelve á tomar la mano de Lola*] Lola, soy su amigo. ¡Adios! [*A D. Antonio*] Don Antonio, adios!

Antonio.—Espero ver á U. antes de irse. Deja U. aqui un amigo [*Lo acompaña hasta la puerta Váse Printseller y vuelve Antonio hácia Lola.*] ¿Sabes, sobrina, que me ha gustado el ingles? Estos ingleses tienen un modo de hacer y decir las cosas. . . . Pues, señor, algo debes tener tú, cuando á todos les agradas; ya veo que no eres tan loquita, como dice el beatucho de Facundo, y como suelo yo llamarte á veces.

Lola.—Sí, tío, soy media loca y U. sabe el dicho: “Cada loco con su tema.” ¿Conque ya está U. enteramente reconciliado con Pepe? ¿ya puedo, como ántes, volverlo á recibir en mi ca-

sa, á toda hora, sin que U. se incomode? U. ve que no siempre hé de estar dando calabazas, y mi tío D. Facundo dice que necesito un hombre serio, de experiencia, que me proteja, me dé ejemplos de buena moral, de cristiandad. . . . Antonio.—¿Pero qué no sabes hablar mas que de tu Pepe? Lo tolero hoy, porque, como te he dicho, estoy de buen humor y quizas, quizas. . . . [*Vamos, cuando uno hace las cosas, es necesario no hacerlas á medias*] Me voy, me voy, sobrina. Ya debia estar en casa, pero Mr. Printseller se empeñó en que habia de oír su declaracion. Hasta luego. [*Váse.*]

ESCENA VI.

LOLA SOLA, DESPUES DON FACUNDO.

Lola.—¿Que querría decir con su quizas. . .? En verdad que está hoy de buen humor. Como ha estado ocupado, distraido con el arreglo de mis negocios y mas que todo la visita de Pepe. . . .

Facundo.—Buenos dias, loquita. ¿Cómo, no estás triste? pues yo creía encontrarte hecha un mar de lágrimas.

Lola.—¿Yo anegada en llanto? Al contrario muy contenta que estoy. ¿Porqué lo decia U.?

Facundo.—Pues ¿qué no has sabido que tu favorito Pepe, ha vuelto á las andadas? su desafío? que si lo atrapan. . . .

Lola.—[No creia yo que tuviera mal corazon] ¿Y me lo viene U. á decir con tanta frescura, sabiendo que me causaria verdadero pesar?

Facundo.—Por que quiero que te dejes de esos amores, que te hacen poco favor; quiero

que pienses en un hombre serio, formal.....

Lola.—[*Con sequedad.*] Mucho agradezco sus consejos y sus buenos deseos. Me pensaré. ¿Me permitirá U. que lo deje un rato solo? Tengo algunas órdenes que dar.....

Facundo.—Vé sobrina. [*Lola entra á su habitacion*] Parece que se me ha mosqueado; pero no me hé de desanimar por ello. A los jóvenes es necesario no quitarles el dedo del renglon: erre que erre hasta que entren por el buen camino. El Pepe afecta reirse de mí, donde quiera que me encuentra; sé que en las reuniones hace plaza, burlándose de mis ideas; hé jurado hacerle la guerra sin descanso y no descansaré. [*Pausa*] Mas ya tarda Lola. ¡Si para vengarse querrá darme un planton!... [*Enojado*] Pues se equivoca, no tendrá ese gusto la mocosa; me largo. [*Al ir á salir, se encuentra con Blaguefort y vuelve al frente.*]

ESCENA VII.

DON FACUNDO, BLAGUEFORT.

Blaguefort.—Tengo el honor de saludar á U. ¿La encantadora Lola, se halla en casa?

Facundo.—[Este debe ser el frances de quien tanto se habla. Me apestan los franceses. Desde Voltaire á la fecha todos son impios.] ¿U. pregunta por la Señorita Rubio?

Blaguefort.—Si, señor, la graciosa, la perla de Veracruz.

Facundo.—Há entrado á su habitacion y puede esperarla si gusta. Yo me retiraba ya, no extrañará U.....

Blaguefort.—Oh! Señor, haga U., *sans façon*, yo soy de casa.

Facundo.—A las órdenes de U. [*Al irse*] Espera, espera, á ti te tocará el planton. [*Váse.*]

ESCENA VIII.

BLAGUEFORT SOLO, despues LOLA.

Blaguefort.—Héme aquí en el campo de batalla. La posicion es difícil, pero en estos lances se lucen el talento, la imaginacion, la inventiva francesa. ¿Cómo empezar el ataque? ¿Cómo? ese es el punto difícil, que despues mi natural elocuencia..... pasado el primer momento.... Estas criollas tropicales, son mujeres de sangre ardiente; ellas no están acostumbradas á nuestra "rouerie" (*Golpeándose la frente.*) Vamos, ya la tengo,..... es necesario emplear los grandes medios: pasion, mucha pasion, solamente pasion. La victoria es segura. Y si se resiste.... haré uso de las armas que una dichosa casualidad puso en mis manos. Oigo pasos.....

Lola.—[*Entra de prisa sin ver á Blaguefort.*] Tío, dispéñeme U. si lo he hecho esperar. [*Percebido á Blaguefort. Con dignidad.*] ¡Cómo caballero! ¿U. en mi casa? Creía que bastante insolencia era haberse atrevido á escribirme, despues del hecho infame.....

Blaguefort.—¡Oh! ¡Lola! ¡Lola adorada! U. no sabe á donde puede arrastrar una pasion volcánica, frenética, ciega.....

Lola.—¡Basta, basta, señor!

Blaguefort.—Abrúmeme U. con su cólera, confúndame con sus reproches, pero escúcheme U. Yo amo á U., Lola, con todo el fuego de que solo un corazón frances es capaz. Por alcanzar su amor, yo sería capaz de todo, de todo, hasta del crimen.

Lola.—[*Con sarcasmo.*] Y de la infamia..
Blaguefort.—Cegado por una pasión que se ha apoderado de todo mi ser, vuelto loco por los encantos divinos de U., por esa hermosura deslumbradora, por el fuego abrasador que despiden sus lindos ojos.....

Lola.—Basta de drama, caballero. Me causa U. hastio, no merece U. ni mi desprecio.

Blaguefort.—¡Oh! señorita, creo que lo toma U. demasiado alto. U. olvida que tengo en mi poder ciertas armas.....

Lola.—De que me río.

Blaguefort.—Mire U. que haré un escándalo, que soy capaz de todo; mire U. que puedo publicarlas.

Lola.—[*Con soberano desprecio.*] Si le falta á U. dinero para la edicion, puede U. pedirlo al cajero de mi casa.

Blaguefort.—U. me provoca, U. se burla de mí. Es que tiene U. que escucharme, ó si no, me batiré con su amante, lo mataré.

Lola.—¿Dónde? ¿En París?

Blaguefort.—En fin, señorita, si no como amante, tengo derechos incuestionables como acreedor, y los haré valer. Seré inexorable.....

Lola.—Para eso, ahí está mi apoderado, y de ahora en adelante, se servirá U. no volver á poner los piés en esta casa. [*Toca una campanilla y aparece Pedro.*] Pedro, avisale á Don Nicolas que aquí lo espera ese hombre. [*Váse Lola. Entra el criado al cuarto de Nicolas.*]

ESCENA IX.

BLAGUEFORT SOLO, DESPUES NICOLAS

Blaguefort.—¡Qué muger tan indomable! ¡qué genio tan feroz! ¡qué falta de conocimiento de las reglas de la urbanidad! Esta sociedad mexicana necesita siglos para civilizarse. ¡Está aun en plena barbarie! [*Entra Nicolas.*]

Nicolas.—Me han dicho que U. me buscaba.

Blaguefort.—Efectivamente. U. sabrá que no he podido admitir las ridículas ofertas que se me hicieron por conducto de D. Antonio, y vengo á notificar á U. que habiendo apurado ya todos los medios de conciliacion, que han sido correspondidos con ingratitud y deslealtad, no me queda ya mas remedio, para hacer valer mis derechos, que acudir á los tribunales.

Nicolas.—Estoy dispuesto y preparado. Si eso es todo lo que U. tenia que decirme, bien podia haberse evitado la molestia de la visita.

Blaguefort.—¡Oh! UU. nunca comprenderán la exquisita política francesal Muy pronto mandaré á U. la cita del juez, y si la justicia, como es costumbre en México, donde diariamente se desatienden los justos y moderados reclamos de los extranjeros, por las infinitas y diarias tropelias á que diariamente están sugetos, por los robos á mano armada, por los asesinatos y tantos crímenes..... Si, señor, si la justicia anda derecha, si no atiende pronto y ejecutivamente mis reclamos, ¡oh! entónces no espere U. quedarse riendo de mí. La legacion de S. M. I., mi protectora nata en este país, tomará cartas en el negocio, y si es necesario, las escuadras de S. M. I.....

Nicolas.—¡Las escuadras de S. M. por 12000 pesos!! Era necesario que S. M. I. estuviera loco, y aunque algo se ha dicho de eso....

Blaguefort.—Me voy, me voy, por no oír semejantes blasfemias del gran Napoleon.

Nicolas.—Cuando U. guste.

Blaguefort.—Tengo el honor de saludar á U. Sr. de Molina. Nos veremos muy pronto. [*Váse Blaguefort.*]

Nicolas.—Cuando U. guste.

ESCENA X.

NICOLAS SOLO, despues LOLA.

Nicolas.—¡En mi vida habia visto un hombre como este! Se necesita una paciencia de ángel, para no desbaratarle una silla en la cabeza. Y esto es cada vez que se tiene la desgracia de hablar con él. Me admira como ha podido llegar á la edad que tiene, sin haber encontrado alguno que le rompá el alma. Bien que, segun me refirió D. Antonio, cuando llega el caso de encontrarse con la horma de su zapato, sabe hacerse del oído sordo y hasta algo mas, como le sucedió ayer con Pepe.

Lola.—[*Saliendo*]¿Ya se fué ese hombre? ¡Gracias á Dios! Te estaba compadeciendo, mi buen *Nicolas*, de tenerlo que sufrir. No sé como no lo mandé arrojar fuera de casa por mis criados.

Nicolas.—Afortunadamente ya no tendrás que verlo. Me ha amenazado con los tribunales y aunque lo mas fácil fuera pagarle en el acto, como me ha incomodado tanto, quiero darle algun quehacer, aunque tenga que gastar mas de lo que se le debe.

Lola.—Haces bien, gasta cuanto quieras, pero que no se salga con la suya.—No hablemos ya de él. ¡Habia pasado tan bonito dia! Si supieras, *Nicolas*.....

Nicolas.—¿Qué sucede, *Lola*, qué te tiene tan contenta?

Lola.—Que ya mi tío se ha reconciliado con *Pepe*, que ya muy pronto volverá este á casa como ántes,.... que, en fin, ya supondrás.....

Nicolas.—¡Cuánto me alegro *Lola*! Ahora que me veo ya libre de enfadosas discusiones y que no me queda mas que el pleito con el frances, que es mas bien un gusto para mí, podré hablar largas horas contigo, lo que tanta falta me ha hecho en estos dias!

ESCENA XI.

LOS MISMOS, D. ANTONIO, PEPE.

Antonio.—Ven á abrazarme, *Lola*, ven; quiero que hoy sea dia de gusto completo, pero te prohibo que abrasces á ese bribon.

Lola.—(*Abrazada de D. Antonio*)¿No decia U. que queria que este fuera dia de gusto completo?

Antonio.—Vaya, pues, te permito que lo abrasces, pero un solo abrazo, uno solo.

Lola.—(*Echándose en brazos de Pepe*) ¡*Pepe*! ¡querido *Pepe*!

Pepe.—¡Cuánto tengo que agradecerle á Mr. *Blaguefort*!

Antonio.—Y para que no te quejes, *Lola*, ya que hoy has rehusado dos maridos.....

Lola.—¿Dos, tío? Vaya tres.

Antonio.—¿Pues qué Nicolas acaso te estaba haciendo propuestas de matrimonio?

Lola.—Nó, Mr. Blaguefort....

Antonio.—¡No te decia yo que vendria!

Pepe.—¡Ah! ¡hubiéramos llegado un rato ántes!

Antonio.—Vale mas que así haya sido. Para que no te quejes pues, sobrina, de haberte quedado sin alguno de los tres, escoje entre los presentes el que mas te guste. [*Lola y Pepe se echan á un tiempo en brazos de D. Antonio.*]

Lola.—[*Abrazada de su tio.*] ¿A quién he de escojer? A mi Pepe, que aunque calavera es mexicano, y lo prefiero mexicano y calavera á Napoleon Blaguefort.

Nicolas.—Yo á pelear con el frances!



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

